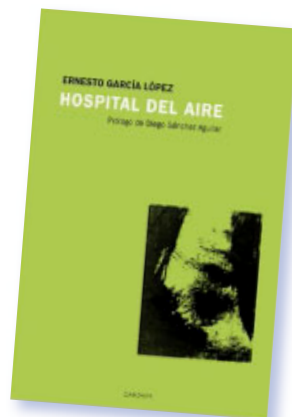


Voces que rebasan

Esther Lamón

Hospital del aire
Ernesto García López
Barcelona, Candaya, 2022



LA PROPUESTA poética de Ernesto García López, ya consolidada en títulos tan representativos como *Todo está en todo* y *Los afectos*, indaga en este último libro, *Hospital del aire*, publicado recientemente por Candaya, en un territorio inédito y arriesgado, que eleva, sin duda, la apuesta de libros anteriores, introduciendo a quien lee en un universo completamente desconocido, doloroso e inquietante. A mitad de camino entre la poesía, la novela, el diario y la crónica periodística, la anécdota biográfica de la que parte *Hospital del aire*, el trágico accidente aéreo del vuelo de Avianca 11 en el aeropuerto de Madrid, el 27 de noviembre de 1983, le llegó al autor de manera «casual».

Como ha comentado en algunas ocasiones, mientras leía las obras de algunos de los escritores que se encontraban entre las víctimas del vuelo siniestrado, como Manuel Scorza, Ángel Rama y Marta Traba, se dio cuenta de la extraña coincidencia de su final. Teniendo, por edad, en la memoria, aquel sonado accidente concitó el morbos peregrinaje de cientos de personas que se acercaban al lugar del suceso en un Madrid que apenas se acababa de sacudir de los corsés de la dictadura y que cambiaba el signo de su reciente andadura democrática, presidida por primera vez por un gobierno socialista, García López, antropólogo y activista político, además de poeta, inició una concienzuda investigación del suceso que le aportaría un dato desconocido hasta entonces para él, y que supondría el punto de partida de la génesis de este libro.

En el avión siniestrado, procedente de París, volaban escritores y artistas latinoamericanos que, desde sus exilios europeos, viajaban a Colombia para asistir al I Encuentro Hispanoamericano de Cultura. Se trataba, ciertamente, de un encuentro crucial en aquellos momentos, y algunos escritores y académicos españoles, como Luis Rosales, Guillermo Díaz-Plaja, José García Nieto, Ricardo Gullón –que comentara, es misma tarde «estamos vivos de milagro»–, y José Gerardo Manrique de Lara, entre otros, que esperaban en Barajas a que el avión hiciese escala para unirse a la comitiva, ya que

iban a participar en un homenaje a la generación del 27, lo que suponía todo un hito en aquellos momentos de la transición, todavía recientes las disensiones políticas que marcaron durante décadas un muro infranqueable entre facciones, que iban a unirse ahora por la admiración común. Asimismo, el Encuentro de Bogotá iba a propiciar el diálogo intelectual y artístico entre los dos continentes por primera vez desde el advenimiento de la dictadura.

Los intelectuales y escritores fallecidos en el accidente eran el peruano Manuel Scorza, que se hizo célebre por su monumental novela *Redoble por Rancas*, el mexicano Jorge Ibarguengoitia, el conocido crítico y escritor Ángel Rama y la crítica de arte y escritora argentino-colombiana Marta Traba. Viajaban también en el mismo avión otras figuras señeras del mundo de la música y la pintura, como la virtuosa y recordada pianista catalana Rosa Sabater.

Conforme iba avanzando en los hechos, el autor se topaba con sucesos casi inexplicables. Supo, por ejemplo, y así lo cuenta en el libro, que Manuel Scorza tuvo una especie de presentimiento de su muerte, ya que, desde el aeropuerto de París, escribió una carta a su hija en la que le ponía al tanto del estado exacto de su patrimonio. Escalofriante también que esa misma hija volara poco después hacia París con su hermano, para reconocer el cuerpo desfigurado de su padre por el antifaz que utilizaba para dormir pero también por una hoja «escrita y corregida con su letra, pegada a su cuerpo». Más allá de la crónica de sucesos, y adentrándonos en la valiente y originalísima propuesta que supone este libro, encontramos la escritura en esos dos mismos polos en los que Scorza *in extremis* la empuñó: comunicativo y artístico, y ese es el hilo o pegamento que une en este libro a todas estas voces apagadas súbitamente y a la vez, y que parecieran, al igual que los restos del avión, haber quedado hilvanadas para siempre por una misma voz poética (hecho que encuentra la resolución estructural del autor de mezclar materiales muy diversos, a caballo entre ambos extremos).

Un hilo o pegamento envenenado, que muestra la posible, irremisible, picadura mortal: «¿Lo escrito? / Alacranado decir: / veneno laico».

La indagación realizada tocó un centro profundo en el autor, que sintió la necesidad de seguir ahondando en ello a través de la escritura. En un primer momento se planteó escribir una novela pero enseguida desechó la idea y se convenció de que solo podría aproximarse a través del lenguaje poético. Ahora bien, ¿cómo abordar un suceso de estas características desde la poesía?

Como ya he expresado en otras ocasiones, quizá una de las funciones poéticas menos comentadas, además de la de despertar al lenguaje y sacarlo de sus adormecimientos y automatismos, es la de la exhumación. En efecto, llevando a otra deriva la propuesta de Seamus Heaney de que «escribir es cavar», el lenguaje poético con frecuencia se encarga de desenterrar aquello

que ya no es visible, lo que se olvidó o lo que perdió u ocultó su forma. Así, cada palabra que utilizamos es una moneda desgastada por el uso que ha perdido su cuño y su efigie, y que en el poema es capaz de reinstaurar su significado primero y su vigencia. Así, también, como Hamlet extrayendo de las fauces de la tierra la calavera de Hamlet, los huesos que la poesía desentierra (literales o figurados) nos hacen, indefectiblemente, arribar en un todavía vigente, y siempre vivo y renovado, «ser o no ser».

Dicha exhumación está vigente, de manera especial, en este *Hospital del aire* (título atinadísimo, por cierto, que es también el nombre del hospital al que llevaron a algunos de los supervivientes después del siniestro). O tal vez sea la poesía la que cave hasta encontrarnos: «Quiero encender galerías que me devuelvan a lo vivo», dice uno de los escalofriantes versos del libro. Es imprescindible, sin embargo, en este punto, hacer una salvedad: este libro no tiene la pretensión de dar voz a los que ya no la tienen. Resulta inevitable pensar aquí en libros como la *Antología de Spoon River*, de Edgar Lee Masters, en la que cada poema era un epitafio que otorgaba la palabra a los muertos de Spoon River, mostrando, aun en el cementerio, los fuertes, todavía vigentes y muchas veces asfixiantes vínculos y condicionamientos de lo comunitario.

Asimismo, en otro registro completamente diferente, el impresionante poemario, nunca suficientemente ponderado, de Pedro Provencio, *Onda expansiva* (Madrid, Amargord, 2012), que, en base a los nombres de las personas siniestradas en el atentado del 11-M, compone un libro de vocación de apariencia coral, y sin embargo unitario, absolutamente escalofriante. Podríamos emparentarlo sin duda con *Hospital del aire*, aunque este último se distingue por su carácter misceláneo, no solo en cuanto a la mezcla de materiales (poemas, crónicas de sucesos, necrológicas, etcétera) sino también por la direccionalidad móvil de una voz que no encuentra asiento en los hechos de lo individual ni en la cadencia última de lo colectivo, y que problematiza la identidad en el instante mismo en que el concepto de identidad deja de ser necesario. Como tocar con las manos mojadas el fuselaje fundido de un avión hace tiempo olvidado, descuartizado, troceado, y leer con los dedos las huellas, sincrónicas y precisas, los surcos que trazaron en el tiempo tantos seres viviendo a la vez, el surco de la interrupción brusca de la vida (la misma brusquedad, por cierto, con la que tantos seres entran a la vez en la ella).

En dicho surco se abre una apertura de la conciencia y, más allá de la brutal anécdota, es ese intersticio, hueco, herida abierta en el muro de lo inteligible, el mayor de los hallazgos de este libro. En su parte diarística, el propio autor pareciera nivelarse con cualquiera de los pasajeros de ese vuelo, y sobre todo con aquellos y aquellas para quienes la indagación artística formaba parte esencial de sus vidas. Al igual que sucede con la palabra que da

testimonio cotidiano de la vida, y que adquiere un valor especial cuando esa vida llega a su fin (el diario se corta bruscamente el 31 de diciembre de 2018, y ese corte nos habla de otras posibilidades, en las que preferimos, para seguir viviendo, no pensar), lo poético cava túneles y tumbas en el aire (parafraseando a Paul Celan) y en este caso trasciende incluso la lógica del tiempo, al unir unas piezas que se desembridan una y otra vez para seguir avanzando.

Así, presuntamente uno de los poemas da voz a una de las pasajeras del vuelo siniestrado, Laverde, que en su poema parafrasea parte del discurso de Arturo Uslar Pietri que encontramos en la página anterior del libro, en la que se nos da noticia del Encuentro Hispanoamericano de Cultura de Colombia, que finalmente se celebró el 4 de diciembre de 1983: «sentir todavía más el rigor, la soltura y la universalidad del idioma que nos es común».

El poema comienza, pues, con un eco del futuro, y abre suficientemente la trama como para intuir, como creía Borges, que habitamos en un laberinto inaprensible, del que poco, muy poco, sabemos, para añadir más adelante: «Sé que mi voz de mujer muerta / no puede reencarnar la crónica: / sin embargo, esta palabra fatigosa / invade tu respiración». De la muerte, de la vida, esas voces que rebasan nos invaden, a través de la sabiduría poética de Ernesto García López, en el que considero, hasta la fecha, su obra maestra.

O, recordando y desmontando a Valéry: «Cada desgarró de una página del libro de la vida, incumbe al desgarró de la vida en su totalidad». Y deja, como la poesía, un espacio inmensamente abierto, que todavía se abre.

